

# ¿UNA NUEVA ERA?

PEDRO LAIN ENTRALGO

**S**E me pregunta si la humanidad, porque hablar en términos planetarios ya no es retórica o filosofía de la historia, sino ineludible exigencia social, va a entrar o está entrando en una nueva era. De otro modo: si la desazonante mixtura de crisis y progreso que el hombre está viviendo desde la Primera Guerra Mundial —con ella se habría iniciado formalmente el fin del mundo moderno— no será algo así como un prolongado dolor de parto: en este caso, el que ha de dar existencia visible a un mundo que respecto del moderno sea lo que éste respecto del medieval, y lo que el medieval respecto del antiguo. En definitiva, si el común de los hombres de hoy, tan absorbentemente requeridos por los problemas y los quehaceres de cada jornada, seremos ciegos ante la incipiente luz del «gran Mediodía» que Nietzsche barruntó.

Varias veces he escrito que para mí, y con cuantas raíces en épocas anteriores se quiera, la actualidad histórica comenzó durante los lustros inmediatamente consecutivos a la Primera Guerra Mundial. Si de manera metódica nos preguntamos por lo que hoy son la arquitectura, la literatura, la pintura, la filosofía y la física «actuales», o por lo que en los hábitos sociales consideramos «nuevos», o por los motivos principales de la política y la economía de «nuestro tiempo», es seguro que en la vida histórica de esos lustros hallaremos la iniciación de tan amplia serie de novedades. No hay duda: si certestamente lo imagina, un mozo de 1980 considerará relativamente coetáneo a otro de 1930, y ambos, cada cual, por supuesto, a su modo, pero con notables coincidencias entre sí, tendrán por muy distinto y muy distante a un señor de la *belle époque*.

Ahora bien: esa ya dilatada actualidad, durante la cual el «vivir en crisis» se ha hecho hábito de la existencia humana, ¿tendrá, históricamente considerada, carácter «eval», será el agitado y doloroso comienzo de un modo de vivir que, como la Edad Media, merezca de los historiadores futuros el nombre de «evo»? Los decenios transcurridos desde la Primera Guerra Mundial —por tanto: desde que



se difundió la arquitectura de Gropius y Le Corbusier, fue escrito el *Ulysses* de Joyce, se inició la mecánica cuántica y Lenin hizo del marxismo un régimen político—, ¿serán la incoación de una nueva era en la historia de la humanidad, aunque lo que acontezca en el año 2000 no pudiera ser previsto en 1945, ni, desde luego, en 1925? Véamos.

Desde el punto de vista de la economía y la técnica, va siendo tópica la ordenación de la historia de la humanidad en cuatro etapas sucesivas: la enormemente larga, varios millones de años, transcurre desde la aparición de los primeros homínidos hasta la invención de la agricultura (economía de los pueblos colectores y cazadores); la bastante menos larga, varios centenares de siglos, en que el cultivo de la tierra ha sido la base material de la vida humana (economía agraria); la mucho más breve, menos de dos siglos, regida por la transformación científico-técnica de la naturaleza (economía industrial, desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta la postguerra de la Segunda Guerra Mundial); la que en estos últimos lustros se ha iniciado, cuyo nervio es la difusión de la informática (economía de la información y de la comunicación). ¿Es así? El rápido y colosal auge de la informática, ¿será el primer signo del evo histórico en que los hombres estamos entrando?

Tal vez. Entre 1900 y la Primera Guerra Mundial, el 85 por ciento de la población activa norteamericana trabajaba con «cosas» (productos de la naturaleza, la artesanía y la industria, máquinas, cuerpos humanos), y sólo el 15 por ciento con «símbolos» (palabras, cifras, trazados gráficos, curvas estadísticas). En 1982, más del 50 por ciento de esa población estará trabajando con «símbolos», y menos del 50 por ciento con «cosas»; y según los futurólogos de lo inmediato, el proceso del predominio social del símbolo sobre la cosa proseguirá. Basta decir que ya en 1982 un millón de jóvenes japoneses recibirá la información necesaria para sus vidas mediante el manejo de los muy recientes «computadores personales». Otro dato. En 1900, con una esperanza media de vida de 45 años, el tiempo libre del adulto en la totalidad de esa vida era de unos 5 años; el resto se repartía —cifras medias— entre el trabajo (11





años), el transporte y desplazamiento (3 años), la infancia y la escolaridad (6 años) y la satisfacción de las necesidades fisiológicas (20 años). Al acabar nuestro siglo, mañana mismo, la esperanza media de vida en las sociedades occidentales rebasará los 75 años; el tiempo libre del adulto no será inferior a los 20, y el de trabajo apenas será superior a los 8. Una conclusión se impone: en la vida y en la historia del hombre civilizado y, por obra de acelerada extensión, en la vida y en la historia de todos los hombres, una etapa nueva está comenzando, y la novedad depende en primer término de los más recientes progresos en la invención científica y tecnológica; no sólo, por supuesto, de los relacionados con la informática y el incremento del papel social del símbolo, también de los procedentes de otros campos de la ciencia aplicada: aprovechamiento y creación de fuentes de energía, síntesis químicas, depuración ecológica, navegación espacial, etc. No es precisa la imaginación de los novelistas de ciencia-ficción para predecir algunos de los cambios que se avecinan —que han comenzado ya— en nuestra existencia cotidiana.

Esa creciente, arrolladora novedad en la creación de bienes de consumo y en la gestión de nuestra actividad y nuestro ocio, ¿modificará decisivamente el tratamiento de los grandes problemas históricos que hoy mismo, en medio de tan fabuloso progreso

tecnológico, tiene la humanidad planteados? Si mi visión no me engaña, esos problemas pueden cifrarse en cuatro, estrechamente conexos entre sí: el enfrentamiento entre el mundo socialista y el mundo capitalista o, más precisamente, entre las dos superpotencias en que cada uno de ellos tiene su centro, la Unión Soviética y los Estados Unidos; la capacidad del sistema capitalista para ofrecer al hombre actual modos de vivir que realmente le ilusionen y le infundan esperanza; simétricamente, la capacidad del sistema socialista para salir del dogmatismo y el burocratismo, suscitar la libertad y mejorar ese conjunto de posibilidades y hábitos que hoy solemos llamar «calidad de vida»; la elevación del Tercer Mundo a niveles de existencia biológica y social verdaderamente compatibles con lo que a fines del siglo XX debemos entender por «dignidad humana».

Las vicisitudes de la Segunda Guerra Mundial hicieron que —tan sólo bélicamente, aún cuando José Stalin fuese un *uncle Joe* para el norteamericano medio— los países occidentales y la Unión Soviética se aliasen entre sí. Pero desde 1945, por debajo de guerras frías, guerras tibias y conatos de diálogo, ¿qué ha ocurrido? Simplemente esto: que la carrera de armamentos ha proseguido por ambas partes del modo más implacable. Siempre a merced de las consecuencias a que pueda conducir un arrebató de ira o

de engallamiento en Washington o en Moscú, la pobre Europa en medio, dentro de los depósitos de armas norteamericanas y soviéticas reposa, creciente cada día, una capacidad de destrucción a la que la superficie del planeta se le está quedando chica. No hay catastrofista, me resisto a creer en un *apocalypse now* que ya no podría tener su Coppola; pero no acierto a ver a corto plazo la tan deseada posibilidad de que las dos superpotencias, de mutuo acuerdo, se decidan a destruir los medios de destrucción. Y sin este acto de buena voluntad no parece viable el acceso a una era histórica distinta de la crisis permanente en que ahora vivimos.

Los bienes que el mundo capitalista ofrece a los que de él forman parte son, muy considerables; a su cabeza, la libertad civil (mediatizada y condicionada en su ejercicio, sí pero real: real fue el hundimiento de Nixon por obra de la libertad de expresión, y real es la existencia de partidos comunistas y de cátedras donde se explica el marxismo en los países occidentales) y la calidad y la diversidad de los bienes de consumo (sólo íntegramente accesibles a los ricos, es verdad, pero no por completo vedados a los trabajadores). Ahora bien: la diferencia entre el nivel de vida del potentado y el del proletario (vengamos a España y pongamos en contraste el «esto sí que es vida» de los que atracan sus yates en Puerto Banús y el «esto no es vida» de los



## ¿UNA NUEVA ERA?

recolectores de algodón que la televisión nos mostró hace no muchos días), el terrible hecho del paro (persistente y aún creciente en todas partes) y los multiformes ensayos de evasión de millones de jóvenes (droga, vida automarginada, ritos sociales más o menos orgiásticos), ¿no están diciendo a voces que la libertad civil y la calidad de vida de las sociedades occidentales no aciertan a brindar una vía hacia el futuro suficientemente ancha y prometedora?

No conozco por dentro las sociedades socialistas; nunca estuve en la Unión Soviética, y mis lecturas acerca de ella son más bien escasas. A reserva de que me rectifiquen o me contradigan los expertos, me atrevo a formular, sin embargo, varias convicciones. Creo que, dentro del dogmatismo táctico y del rígido burocratismo en aquellas imperantes, hay muchos hombres en los cuales perviven la fe y la esperanza en la doctrina y en la praxis marxista, y por consiguiente la seguridad—fanática, a veces—de hallarse en la vía hacia las metas que esa doctrina y esa praxis prometen a la humanidad entera. Creo asimismo que el poderío, el nivel científico-técnico, la alfabetización y los logros socioeconómicos y sanitarios conseguidos por el régimen soviético para el pueblo ruso, en modo alguno habrían sido alcanzados por el régimen zarista, aún admitiendo una victoria suya en 1917 y aún suponiendo que, al arrimo de la técnica y la política de Occidente, hubiesen progresado las realizaciones de su precapitalismo. Pero también creo que ese cerrado dogmatismo, ese monolítico burocratismo y, naturalmente, la grave merma de la libertad civil de ellos derivada, no hacen sugestivo para el común de los hombres el porvenir real—real, no utópico—que a los sesenta y cuatro años de su instauración en Rusia les ofrece el marxismo-leninismo de los países del pacto de Varsovia. En unas elecciones verdaderamente libres, ¿hacia donde se inclinaría en estos países la mayoría de los votantes?

Cuarto problema: el que, desde un punto de vista histórico, en su conjunto plantean los pueblos del Tercer Mundo. La colonización les explotó, y no pocas veces con mentalidad racista y ánimo depredador. Nada más comprensible que su enérgica voluntad de independencia y sus primeras actitudes ante las potencias colonizadoras. Pero la contemplación del destino que,

una vez independientes, se apresuran a dar a sus recursos naturales—armas y ostentación, mientras el hambre y la ignorancia perduran—, ¿permite muchas ilusiones respecto al futuro inmediato de esos pueblos y a su plena integración en la historia universal?

Cuatro problemas planetarios y en el seno de su conjunto varias perplejidades, varias interrogaciones: si pese a ellos, más aún, dando a todos paulatina solución, advendrá una era histórica en que la fusión entre el socialismo y la libertad evite a la humanidad el permanente trance de desaparecer por autodestrucción y dé nacimiento a una nueva cultura universal; si las grandes novedades que hoy se inician en la invención técnica, unidas a la eficacia de una educación adecuada y persistente, conseguirán crear en los hombres la disposición mental y ética que esa posible cultura exige; o si, por el contrario, todos habremos de vivir indefinidamente sometidos a la crisis y a la amenaza, ad-

mitiendo que el nombre de crisis convenga a tan dilatada e incabable incertidumbre. Ante este gravísimo haz de cuestiones, ¿qué pensar y qué hacer?

En lo que a mí atañe, no logro ser optimista; creo que a mí, ya en el nivel biográfico que suelen llamar tercera edad, no me será dado salir de la crisis y la zozobra; aun cuando, eso sí, tal actitud ante mi propio futuro no me impida gozar de los oasis que nos vaya ofreciendo el curso del tiempo. Pero si no puedo ser optimista, tampoco puedo ser resignado. No me resigno, en efecto, a admitir que histórica y socialmente sea imposible la síntesis entre el socialismo y la libertad, y que ética y psicológicamente sean entre sí inconciliables la voluntad de servicio al bien común—permítaseme el empleo de tan gastada y desprestigiada expresión—y el libre ejercicio personal de la creación y la opción. En esta no optimista y desesperanzada irsignación trabajaré, escribiré y hablaré mientras mi cuerpo aguante. ■ P.L.E.

